“San Guibin”
Autor: Manolo Campa

Entre familiares y vecinos recién celebramos el Día de dar gracias a Dios. Esta es una fecha importante en el calendario de los norteamericanos: Es el día destinado a demostrar nuestro agradecimiento al Creador. Para los exiliados cubanos también es un día grande. Damos gracias por lo que disfrutamos y pedimos al Señor por los que en el país donde nacimos carecen de todo.

A “San Guibin” le hemos dado nuestro sabor, lo festejamos a nuestra manera. Al “terqui” lo habíamos sustituido por el lechón asado, al “cranberry” por el congrí y la yuca con mojo. El dulce de guayaba con queso crema había desplazado al “apple pie”… pero este año tuvimos ambos estilos de cenas para que nuestros invitados acabados de llegar de Cuba pudieran probar los manjares americanos.

A mi vecino, el guantanamero viudo que siempre invitamos a nuestras reuniones, al fin le llegaron sus hijos de Cuba. El muchacho se llama “Yuesmeil” y las muchachitas gemelas: “Yusimí” y “Aisiyú”. El nunca simpatizó con el comunismo. Lo demostró al darles nombres a sus hijos. Siguiendo la costumbre del momento, allá, de escoger el nombre de los niños fuera del santoral, se apartó de los inventados con sonoridad rusa y los diseñó con palabras que decían los americanos de la Base donde él trabajaba.

Temprano en la mañana se apareció en casa el primero de los parientes que nos acompañarían ese día. Vino temprano para ayudarme a preparar el puerco en el emparrillado en el patio. Su mujer y sus hijos vendrían por su cuenta más tarde. El quiso venir a “darnos una mano” desde el principio.

Desde que llegó empezó a “calentar los motores” (como él dice) con una cervecita primero y un “uiskicito” después, alternando siempre, repetidamente. Por eso a las ocho de la noche ya se había dado un baño –con ropa- en la piscina del vecino y había dormido dos siestas, una de ellas enroscado como un caracol metido en la casita de la perra.

Cuando a la caída de la tarde llegó su mujer con los muchachos, le dio un beso, le peleó por algo, acarició a los hijos primero, los regañó a continuación y después compungido, lloró en mi hombro, llenándome el cuello de la guayabera de lágrimas y fluido nasal.

Yo no pude disfrutar mucho de los corrillos que se formaron por aquí y por allá… tuve que salir a buscar hielo, dos veces a buscar sillas prestadas a casa de los vecinos y otra, muy penosa, a sacar del agua al pariente "desorientado" por los tragos, que se metió con ropa en la piscina de la casa del fondo.

Como dueño de la casa donde se estaba celebrando el acontecimiento me correspondía a mí decir las palabras de Acción de Gracias. Para prepararme "profesionalmente" para ello, esa mañana por Radio Paz escuché a Monseñor Román y a los Padres José Luis Hernando y José Luis Menéndez, para "coger recortes" y poder hacer mi sermoncito seglar en su momento.

Dimos gracias al Señor por lo que disfrutamos: libertad, tranquilidad, respeto, prosperidad. Por los que nos rodean y hacen más calida nuestra existencia. Por lo que somos: por tener más fe que dinero, más salud que dolores, más esperanzas que desalientos, más alegrías que tristezas, más conformidad que ambiciones, más comprensión que intolerancia…

Le pedimos ayuda para poder hacer algo, más cada vez, para que Cuba y otros pueblos oprimidos sean pronto libres, prósperos, felices y cristianos. Para que en nuestro mundo haya paz, para que sea un mundo mejor.

Mi concuño, el americano aplatanado, estaba impaciente porque yo no terminaba y él quería disponer de un chicharrón de puerco que sostenía en una de sus manos. Cuando dije la última palabra, él la rubricó con un sonoro "amén", como para que no se me ocurriese agregar nada más.

Para no tener que ayudar a recoger el reguero que había, me ofrecí a llevar a su casa al pariente ido en tragos. Agradecido, el hombre me daba manotazos en el cuello entre abrazo y abrazo y me afirmaba que me quería porque yo era de Camagüey y todos los camagüeyanos son buenos hasta la médula. Cuando le aclaré que yo soy de la Habana, rompió a llorar de nuevo… otra vez sobre mi guayabera que ya estaba hecha una piltrafa.

Al regresar a casa, en la soledad del camino y sin copiar a nadie, di gracias a Dios con el corazón, sin gestos ni palabras y creo que me expresé mejor esta vez.